PROSAS INÉDITAS DE
JULIO MANUEL DE LA ROSA

Los siguientes párrafos han sido extraídos sin corrección ni revisión alguna de las varias novelas que Julio Manuel de la Rosa dejó inéditas, y que están en manos de sus herederos, a la espera de su publicación por la editorial que se interese y ellos vean conveniente.

DE *CITA EN WEIMAR:*

"En el momento de separarnos me dijo "te avisaré antes de morir". Me extrañó sobremanera aquella forma de hablar, el raro sentido de sus palabras que brotaban inesperadas entre los labios apretados y amargos. Isabel desdeñaba la ambigüedad, las expresiones rebuscadas o poéticas. Solía hablar de manera directa y escéptica, apoyada siempre en la evidencia. Había estudiado Química y su expediente académico era excelente. En cierta ocasión le dejé "El sistema periódico", de Primo Levi. Me devolvió el libro al día siguiente con un comentario rotundo: "es absurdo".

La miré perderse entre la gente sin pensar que era el adiós definitivo. De todo esto hace ya treinta y siete años. Durante los primeros meses de la ruptura soñé mucho con Isabel. A partir del segundo año desapareció de mis recuerdos. Conocí a otras mujeres y su sombra dejó de interponerse. Medio pude rehacer mi vida y como nada conservaba de ella, se puede decir que Isabel se esfumó de mi existencia. A veces su nombre o nuestras iniciales aparecían como un sobresalto en la primera página de un libro, encima de una fecha remota, un "agosto-57" medio borrado por el tiempo.

El telegrama llegó a las 16.05 del 28 de febrero. Tardé varias horas en reaccionar. "Me faltan cuatro días para morir. Por favor, ven. Weimar. Isabel". Se trataba de una fantástica confusión o de una broma de pésimo gusto. Recordé de nuevo "te avisaré antes de morir" en plena calle, mientras caía la tarde, hace treinta y siete años, casi una eternidad. Me veo de nuevo tembloroso, bajando la

escalera de la cafetería mientras ella intentaba ocultar las lágrimas. Salimos a la calle y nos detuvimos en el semáforo. Entonces Isabel me dijo: "te avisaré antes de morir". Aplastado y avergonzado como estaba, aquellas palabras me resultaron extravagantes y fuera de lugar. Debía huir, desaparecer de su vista. Aproveché el cambio del semáforo y corriendo, atravesé la calle..."

DE *LA GUERRA SECRETA DEL GENERAL FRANCO:*

"...Todo el pueblo sabía que el sargento Solís era hombre de temple, pero aquella tarde demostró además que poseía nervios de acero. Eustaquio Sosa ni siquiera había reparado en la llegada del "jeep", de tan absorto que estaba desgranando insultos, algunos de ellos tan sorprendentes como "cura follador" o "folla con tu puta madre". El vehículo se detuvo en el borde del porche e inmediatamente bajaron el sargento Solís, el cabo Ruiz y una pareja con los mosquetones en posición de prevengan.

Eustaquio Sosa no se percató de la presencia del comandante de puesto; tampoco pudo escuchar su orden escueta de "cabo, cúbrame". Mientras el cabo Ruiz desenfundaba la pistola, Ricardo Solís subió los escalones del porche y se acercó a Eustaquio Sosa. Los curiosos, agrupados en la puerta del casino, no pudieron escuchar sus palabras: "Eustaquio, esa navaja al suelo y con mucho cuidadito". Sorprendido, Eustaquio Sosa se volvió y dejó de gritar. Vaciló unos instantes, se tambaleó, estuvo a punto de caer, se rehízo y arrojó la navaja al suelo. Eso fue todo. Sin mayores aspavientos ni palabra, fue conducido al "jeep". Antes de subir, con voz igualmente serena y dirigiéndose al grupo de curiosos, que había aumentado considerablemente en los últimos minutos, dijo "por favor, circulen, dejen libre la puerta". Después el "jeep" arrancó a buena velocidad..."

DE UNA LLAMADA *NOVELA* 2, AL PARECER SIN NOMBRE CONCRETO:

"...Y pensar ahora que han pasado más de treinta años trabajando como un negro porque el señorito era un explotador que disfrutaba poniéndome el pie en el cuello, el muy cabrón que Dios lo habrá mandado al infierno porque a Dios nadie lo puede engañar ni sobornar. Y eso que al principio no estuvimos mal del todo, doña Pilar le cogió voluntad a Lola, que se hace querer enseguida y se convirtió

en sus manos y en sus pies, pero conmigo el señorito no era bueno, cada día me apretaba más las clavijas, abusaba de mí y como yo no sé ponerme en mi sitio pues cada vez peor, que si el jardín, el césped, la piscina, los recados, sin un domingo hasta que amargado enfermé de los nervios. Un calvario, un déspota, que no pidas al que pidió ni sirvas al que sirvió. Me colocó el uniforme y me convertí en su esclavo, maldita sea su estampa, menos mal que Lola se defendía y cuando tuvo que saltar lo hizo como una loba cuando el tío nos dijo que la niña dejase de ir al colegio para servir en la casa como criada. Ni hablar de eso, que ahora mismo nos vamos al pueblo y doña Pilar lo arregló y la niña pudo seguir estudiando y ahora es una señorita con su carrera de enfermería.

Menos mal que aquí me encontré con dos buenos amigos que me animan mucho, Eugenio el contable y sobre todo Ricardo, el secretario particular de don Víctor, un hombre de educación y cultura que uno se emboba de lo bien que habla y que ayudó muchísimo a mi Vanesa en los estudios porque Ricardo ha sido profesor hasta que se metió en política contra Franco, estuvo en la cárcel y lo despidieron del colegio donde trabajaba y como el señorito tiene el tío ese ojo clínico, cuando la pobre criatura estaba cercada por el hambre, lo trincó por el estómago y lo fichó para trabajar en esta casa como secretario particular pagándole una miseria aunque le daba los trajes que él no se ponía, que por cierto le caían mejor que a él, Ricardo tiene buen tipo y luce mejor la ropa, un hombre con mucha clase y que vale una barbaridad, que le escribía las cartas, todas las cartas que firmaba don Víctor las escribía Ricardo, el señorito entraba en el despacho y le decía tenemos que escribirle una carta a la marquesa de tal y cual y al rato Ricardo tenía escrita una carta que daba gusto, sobre toda una que salió en el periódico cuando dijeron que don Víctor había organizado un manejo en su hermandad para ser hermano mayor, esa la escribió Ricardo y hasta las cartas de amores con las tías y las de pésame, que don Víctor no sabía escribir, lo único que sabía era firmar en los cheques y en las escrituras de los notarios.

Cuando me veía muy desesperado, que era todos los días, echábamos un cigarro en el despacho y me decía Paco, quítate el miedo que llevas dentro, que el Cateto—le decía el Cateto, el Dictador y también el Alarife Obsceno, que eso no sé lo que significa—hagas lo que hagas, aunque estropees todos los arriates del jardín, nunca te despedirá, ni a Lola, ni a Eugenio ni a mí, somos testigos peligrosos, sabemos demasiado, lo hemos sorprendido muchas veces desnudo, conocemos sus inmundicias, su vida secreta. Aunque tú no lo creas, somos demasiado importantes y sabe que le odiamos, que hay mucha gente en esta ciudad que está aguardando su caída, que mucha gente importante nos ayudarían a tirar de la

manta, que si nos vamos al director de una revista y hablamos le podemos hacer mucho daño. Tú no tiembles cuando te hable, que el tío es como un toro marrajo que te busca el cuerpo y como te vea vacilar, te mete la cornada y te acribilla. Tú tranquilo, que cuando las cosas cambien en este maldito país y se acabe la corrupción, que algún día tendrá que acabarse, tú y yo veremos juntos cómo se derrumba su imperio y don Víctor García Pérez se quedará solo.

Hombre, lo del imperio que decía Ricardo no lo hemos visto, pero sí algo mucho mejor, que don Víctor está ahora mismo de cuerpo presente en su dormitorio, que está muerto y ya no nos puede hacer más daño a los que tanto hemos sufrido a su lado. Como era tan lujurioso de vicio se le iban los ojos detrás de mi niña, que la Vanesa se hizo de pronto una mujerona y el tío le miraba el culo y la pechera y se sonreía, me entraba un escalofrío por todo el cuerpo y de pensarlo me ponía malo, una puñalada le pego al tío cabrón como se atreva. Con las mujeres no tenía ni ley ni hartura; lo que le gustaba el verano cuando doña Pilar se iba a la playa con los niños y se quedaba solo a sus anchas, la que liaba por las noches en la piscina, los guateques puercos que montaba con los amigos y como nunca tuvo vergüenza ni respeto por nadie el tío lo hacía delante de cualquiera, menos mal que Lola y la niña se iban en julio de vacaciones al pueblo y algunas veces cuando estaban en la casa me largaba un billete de mil pesetas y me decía que Lola y la niña se vayan al cine de verano y que después se tomen un helado y que entren por la puerta de atrás. El tío se ponía encuero con las mujeres en el césped y más que follar como Dios manda, lo que le gustaba era comerles el coño, el muy guarro lo comentaba después con los amigos y decía eso del tufito marino de la mujer humedecida, que le gustaba el olor de los coños, tenía fama y la Chana me dijo un día de cachondeo que don Víctor era académico de la lengua española. Lo de la Chana fue algo muy serio, tanto que hasta doña Pilar se enteró. La primera vez medio se pudo arreglar porque intervino don Rosendo como cura que es, cualquier cosa es un cura, un tío más largo que un día sin pan con muchas leyes en la cabeza. Pero ahora el muy cabrón está muerto y esta noche, después de muchos años, dormiré tranquilo…"

DE UNA BIOGRAFÍA NOVELADA SOBRE GUSTAVE FLAUBERT. NOVELA SIN TÍTULO DETERMINADO:

"… Aquel verano en Trouville, Gustavo, con catorce años, tenía el aspecto de un atleta en su mejor forma: muy alto, esbelto, de tez sonrosada, ojos verdes

y cabellos castaños. Un joven poseído hasta la raíz por la lujuria, al igual que sus amigos. Una obscena pandilla, obsesionados con lo que ellos llamaban "la cosa", siempre hablando de lo mismo. Se medían el miembro viril en erección—Gustavo al parecer era el más aventajado—se masturbaban en grupo sin vergüenza alguna, reflexionaban sobre el posible olor del sexo de una campesina y el de una señorita de París y lo comparaban con el de un glande requesonero. Todo era indecente, el monte de Venus, follar y otras guarradas.

Dado su conocido apasionamiento, su desmesura para todo, el despertar sexual de Gustavo fue otra terrible tormenta y no precisamente de verano. Con pausas, duraría toda su vida.

Pues resulta que en el hotel "L´Agneau d´Or" Gustavo conoció a una mujer que vivía maritalmente con un editor de música, veinte años mayor que ella, llamado Maurice Schlésinger, un hombre, más que vulgar, zafio. La llamada Elisa, de veintiséis años, era una mujer ordinaria de provocativa belleza, justa a la medida de los desordenados deseos que atormentaban a Gustavo.

Era alta, redondeada, morena, con una magnífica cabellera negra que le caía en trenzas sobre los hombros. Sus grandes pechos lucían descaradamente gracias a unos escotes más que generosos. Una mujer que encandilaba a los hombres, con mucha experiencia de alcoba y posiblemente cansada de su amante. Acababa de dar a luz una niña.

El encuentro, por así decirlo, de Gustavo con Elisa, tuvo cierto sabor novelesco, muy en consonancia con la mentalidad de un muchacho siempre exaltado y fantasioso. Años después, en uno de sus escritos, Gustavo lo contaría como algo verdaderamente mítico. Todo idealizado hasta la exageración.

Cierta mañana, paseando por la playa, Gustavo encuentra una capa roja con rayas negras que la marea alta estaba a punto de arrastrar. Gustavo la recoge y la deposita fuera del alcance de las olas. Nada anormal y por supuesto no se trataba del destino llamando a su puerta.

Ese mismo día, en el comedor del hotel, a la hora del almuerzo, la propietaria del albornoz le da las gracias al gentil joven con voz melodiosa. Gustavo queda deslumbrado, mejor, fulminado y azorado por una inoportuna erección. Así empezó la tórrida historia…"